

## Crítica literaria y feminismo en la actualidad norteamericana

---

Alda Blanco

---

**C**omo punto de partida a esta breve reflexión sobre el estado de la cuestión de la crítica literaria y teoría feminista en Norteamérica convendría hacer una breve puesta en escena del espacio que ocupa el feminismo en las universidades norteamericanas y en los ámbitos culturales en que se desarrolla y se elabora, tales como son los congresos, las librerías, los suplementos literarios de los principales periódicos, las revistas culturales, etc... De entrada, se podría decir que quedan ya pocas universidades en las cuales no existan asignaturas o planes de estudio dedicados al estudio de las mujeres o del género cuya característica general es la de ser marcadamente interdisciplinarios. Pero si ésta es ya una realidad, también es verdad que en la gran mayoría de las universidades a los estudios sobre la mujer o el género no se les ha concedido la legitimidad académica en tanto que no son departamentos dentro de las facultades sino meros programas, lo cual significa que viven todavía una marginalización en términos institucionales ya que no pueden conceder la permanencia o la titularidad a sus docentes, ni pueden otorgar títulos en esta especialidad. También, en torno a la investigación feminista se ha desarrollado una gran industria editorial constatable por el significativo número de reseñas publicadas en periódicos y revistas acerca de libros que ocupan amplios espacios en las librerías. Si hace 15 años era perfectamente posible comprar la casi totalidad de la producción feminista en una multiplicidad de campos (literatura, historia, sociología, psicología, ciencias políticas, etc...), hoy en día se tiene que seleccionar cuidadosamente entre un sin fin de títulos para no dejar el sueldo en las librerías. Es difícil, también, no encontrar la temática de género o textos escritos por mujeres en los programas de cursos en los campos de las humanidades y las ciencias sociales. Y, quizás, la mayor satisfacción sea que en las aulas a la hora de enseñar todavía veo esa mirada tan especial en las alumnas al identificarse con la materia y al comenzar a entender la manera en que funciona la sociedad y la cultura según voy explicando el modo en que opera el género en la literatura, la historia, las costumbres, los medios de comunicación, etc.... Es decir, en su realidad.

Sin embargo, y a pesar de lo que podrían considerarse los logros del feminismo, también es posible proponer aquí que la teoría feminista se encuentra plagada de una serie de conflictos teóricos que han desembocado en lo que se podría ya afirmar es una parálisis del campo. Por lo menos en el terreno de la crítica literaria han empezado a desaparecer en los congresos, casi imperciblemente, ponencias acerca de escritoras, textos escritos por mujeres, la elaboración lingüística, discursiva y simbólica del sujeto femenino, que han constituido hasta hace pocos años los temas y las problemáticas de la indagación feminista. En gran medida, este artículo intentará dilucidar algunas explicaciones acerca de las razones por las cuales parece haber vuelto a caer el silencio sobre las mujeres como sujetos e, incluso, sobre el género como categoría analítica. Parecería, casi, que el feminismo como perspectiva crítica, analítica y oposicional a la vez que como práctica política, no está de moda. O dicho de una manera más cautelosa, parecería que el feminismo ya no proporciona los marcos interpretativos adecuados para el estudio de la sociedad y la cultura como lo hacía tan sólo hace 10 años. Estamos, pues, en un momento paradójico en el cual, por una parte, el análisis de género y la crítica literaria de signo feminista parecen haber calado hondo y, por otra parte, que esta aproximación a la realidad, la historia, y al estudio de la literatura aparenta haber dejado de tener vigencia en los círculos universitarios que controlan la producción y la circulación de la teorización del género sexual. Si a mis alumnas en la facultad aún les emociona profundamente aprender que hubo mujeres a finales del siglo diecinueve y a principios del veinte que se lanzaron a la calle para reivindicar el sufragio femenino, por poner un ejemplo, no pasa lo mismo con un amplio sector del feminismo teórico académico para el cual el estudio del sufragismo, por seguir con el mismo ejemplo, poco o nada aporta a la teorización feminista, y que, por lo tanto, no merece ser objeto de investigación. De hecho, las contemporáneas teóricas del feminismo parten de la premisa de que ya se ha superado el estudio acerca de las mujeres y de sus experiencias. La teoría feminista vive y se desarrolla en la abstracción más absoluta.

Para entender los caminos por los cuales se ha llegado a esta postura teórica, adelantaremos

brevemente la polémica central dentro del feminismo que a mi modo de ver ha llevado a la paralización del quehacer teórico y crítico y al que volveremos en la segunda parte de este trabajo más detalladamente. Desde las filas del posestructuralismo y del posmodernismo, se ha puesto en entredicho el proyecto teórico y político del feminismo e incluso del análisis de género en tanto que para las teóricas del posmodernismo la indagación feminista no plantea la radical deconstrucción de la identidad que conocemos, reconocemos, y nombramos mujer (Butler, 1990). También, se cuestiona el análisis de género en tanto que se argumenta que esta categoría analítica es binaria y que, por lo tanto, en sí excluye la posibilidad de teorizar identidades sexuadas que caen fuera o eluden el percibidamente nefasto binomio hombre-mujer. Por lo tanto, bajo la rúbrica de «esencialismo» son aglomeradas todas las posturas críticas que asumen una correspondencia entre un cuerpo sexuado, una construcción simbólica llamada género, el lenguaje que crea significaciones en torno a lo masculino y femenino, y la experiencia vivida como mujer u hombre. El gesto posmoderno intentará, como veremos, establecer una versión «antieencialista» del feminismo.

Si bien para algunas teóricas el agresivo asalto al esencialismo ha creado una parálisis en el campo del feminismo teórico, para otras ha significado la feliz apertura del análisis hacia nuevos derroteros que posibilitan investigar y meditar sobre las complejidades de las identidades contemporáneas. Basándose en la visión antiesencialista, por ejemplo, se ha teorizado ampliamente la identidad y cultura gay a la vez que las figuras de la/el travesti y el/la transexual. Pero si la polémica en torno al esencialismo ha resultado ser corrosiva y las posiciones encontradas enmarcan el debate contemporáneo, es importante también recordar, aquí, que existen una serie de planteamientos surgidos del trabajo teórico feminista de antaño que ya son axiomáticos en la crítica literaria feminista. Algunos de ellos, incluso, se han llegado a convertir en la doxa de la crítica literaria en general. ¿Qué duda cabe que el análisis literario feminista como intervención en el campo de la literatura y de la cultura ha cambiado radicalmente el estudio del terreno literario y cultural? Por ejemplo, es imposible, a estas alturas creer en las historias de la literatura que nos narran, a

menudo en forma épica, las trayectorias de las literaturas nacionales pobladas de grandes maestros y obras en las cuales no se incluyen textos escritos por mujeres o, si de vez en cuando se asoma una firma de mujer, existe como excepción a una narrativa basada en la noción de que escribir es cosa de hombres. Basta con recordar aquí el ejemplo de Emilia Pardo Bazán. Nos es imposible, ya, tomar como verdaderas o como reflejos verosímiles las representaciones de la mujer trazadas en los textos escritos por hombres habiendo leído el sin fin de estudios dedicados a pormenorizar minuciosamente la manera en que estas representaciones son, de hecho, versiones diversas de una serie de figuras femeninas que nada tienen que ver con una «realidad» de la mujer sino que son, más bien, el producto de un imaginario masculino que a menudo articula la fantasía o la ansiedad cultural individual o colectiva de los hombres. En la galería de figuras femeninas decimonónicas, por ejemplo, encontramos, entre otros, a personajes asexuados y faltos de deseo erótico que se asemejan a los ángeles o a la virgen, imágenes de mujeres tan sexualmente voraces que devoran a los hombres de su entorno, adúlteras, sirenas, vampiros, prostitutas, etc... También, quizás nos sea ya imposible postular que existe una diferencia esencial entre textos escritos por hombres y aquellos escritos por mujeres basándonos en el mero hecho de haber surgido de las plumas e imaginaciones masculinas o femeninas. El intentar elaborar una taxonomía de la equivocadamente llamada «escritura femenina» parece haberse topado con una realidad literaria en que existen textos escritos por hombres que muestran rasgos de la supuesta escritura femenina o, por lo contrario, una producción literaria de autoras que parece adherirse a convenciones narrativas típicamente «masculinas».

Estas imposibilidades son el producto de una teoría y una práctica que se propuso interrogar las formaciones sociales y discursivas en las cuales el silencio de las mujeres parecía ser una «realidad». En los campos de la literatura y la historia las ahora llamadas pioneras de la «segunda ola» feminista<sup>1</sup> se negaron a aceptar las narrativas históricas e histórico-literarias que asumían el silencio de las mujeres y guiadas e inspiradas por una intuición, que rayaba en el deseo, postularon que tenían que existir mujeres en el quehacer histórico y

literario. Alentada por una actitud de cuestionamiento generalizado y deseo de justicia literaria, la crítica de signo feminista —al igual que la historiografía— se propuso rastrear bibliotecas, hemerotecas y archivos en busca de lo que simplemente era una sospecha. La conjetura surgía de un nuevo punto de mira que se resistía a aceptar como verdad el silencio histórico y literario de las mujeres. Y, de este modo, se empezaron a desempolvar novelas, poesía, obras dramáticas, artículos periodísticos y ensayos que no aparecían en las narrativas de la historia literaria. La labor que se podría denominar como arqueológica fue no solamente necesaria sino sumamente emocionante. Recuerdo ya con nostalgia que nos encontrábamos en la Biblioteca Nacional de Madrid, verano tras verano, un grupo de estudiosas norteamericanas hispanistas dedicadas a «encontrar» los textos e incluso los elusivos datos biográficos de escritoras españolas «perdidos» en las inmensas plantas de esta biblioteca. A la salida del recinto intercambiábamos información sobre nuestras autoras que para los que no nos conocieran sonaría probablemente a chismoreo intrascendente entre mujeres. «Estoy convencida», decía una, «que los académicos de la lengua no dejaron entrar a Pardo Bazán a la Real Academia porque pensaban que era una cursi.» «Me parece imposible, pero ¿cómo lo sabes», preguntaba otra. «Porque me he encontrado una carta de Palacio Valdéz a Clarín fechada en 1891 en la cual este escribe: Otro rasgo de la Pardo. Me ha dicho el dependiente de Suárez que tiene a la puerta de su casa un cuadrito de quita y pon que dice “la señora Pardo Bazán no está”. Yo creo que si en el mundo se perdiese la noción de la cursilería, la presencia de esta mujer bastaría para resucitarla». Y así, día tras día, íbamos trazando el difícil espacio social y cultural de la escritora en el parnaso español de las letras. Nuestro proyecto, lamentablemente aún inconcluso, era el de reconfigurar el terreno literario y el de reescribir la historia literaria española incorporando a las escritoras y sus textos en esta falaz narrativa.

Sin embargo, las pioneras investigadoras norteamericanas e inglesas lograron recuperar las voces de las mujeres olvidadas por la historia, la literatura y el arte y demostraron, sin lugar a dudas, la capacidad de las mujeres para luchar, pensar, escribir y producir arte. Si por una parte se trataba, pues, de recobrar el quehacer

histórico y cultural de las mujeres, la intelectualidad feminista también se proponía crear narrativas —que a menudo rayaban en lo heroico— para las mujeres que sirvieran como modelos de lucha y resistencia partiendo del presupuesto de que la historia de las mujeres no se podía limitar a una visión historiográfica en la cual las mujeres eran meramente objetos de opresión y, como tales, simplemente víctimas de la subordinación patriarcal. En vista de que las llamadas «narrativas maestras» habían excluido a la mujer, era necesario establecer una especie de contranarrativa que incluyera y diera lugar y voz a las mujeres. Sin embargo, lo que había empezado como una simple y no problemática labor empírica de recuperación de voces e intervención de las mujeres en la escena social, política y cultural se convirtió, acertadamente, en un cuestionamiento de las «verdades» de estos «grandes relatos» producidos por la historiografía y la crítica literaria androcéntrica, por mencionar sólo dos de los campos en los cuales el análisis de signo feminista ha revolucionado las premisas teóricas del estudio de la historia y la literatura.

Una vez recuperada la voz de la mujer se presentó un curioso problema que incluso tomó por sorpresa a las propias infatigables investigadoras que se sentían satisfechas de su labor arqueológica: ¿Qué hacer con estos textos que, en muchos de los casos, nada o poco tenían que ver con lo que se asumía era la tradición literaria? ¿Bastaba el haberlos descubierto y puesto en circulación o se tendría que darles sentido? El hecho de que existieran y que fueran a menudo disonantes con la tradición conocida ¿significaba que había una tradición diferente, es decir, una tradición literaria femenina que se distinguía de lo que ahora aparecía como una tradición literaria masculina? ¿Es la llamada escritura femenina la otredad de la escritura masculina? Se podría decir que éstas han sido las preguntas que han ido inspirando y formulando la crítica literaria feminocéntrica desde que entraron los textos escritos por mujeres en el terreno literario.

Pero existe otro camino, otra estrategia interpretativa para la lectura de los textos de las mujeres que zanja lo que ha llegado a ser un planteamiento que polariza la producción literaria en torno a dos términos sumamente problemáticos y cuestionables: lo masculino y lo femenino. La vía alternativa toma como punto

de partida el necesario reconocimiento del género sexual como categoría analítica a la vez que como uno de los principios organizativos que informa los sistemas de significación y de las prácticas sociales. Es decir, los movimientos interpretativos feministas parten de la idea de que las relaciones sociales entre los sexos son un aspecto fundamental de la realidad social, cultural e histórica y que el discurso de la diferencia sexual configura las formaciones sociales y discursivas. El género, definido como la representación de la relación social entre los sexos, se convierte así en una categoría analítica fundamental para la interpretación de los procesos de significación en la formaciones sociales y simbólicas. Dicho de otra manera, el concepto de género denota el saber sobre la diferencia sexual.

Por lo tanto, la lectura feminista, de entrada, desconfía de la aparente transparencia genérica de cualquier formación cultural de la misma manera que, por ejemplo, cuestiona la supuesta translucidez de las estructuras sociales que se imaginan y se articulan como simétricas en cuanto a las relaciones entre los sexos. De igual manera se podría argüir, pues, que la figura de la escritora o los productos culturales de la mujer no existen ni funcionan en los espacios sociales y discursivos del mismo modo que lo hacen los escritores y sus textos. Y si la historia no ha sido —quizás no lo sea aún— un mundo con condiciones simétricas ni igualdades para la mujer, mucho menos, todavía, lo ha sido para la escritora que, por lo menos desde el siglo XVIII, se ha representado como figura límite, como transgresora del espacio social y cultural adjudicado a la mujer por el hombre.

La estrategia interpretativa sugerida aquí subraya pues, la necesidad de mantener presente una inquietante verdad: que la práctica social de la escritura para la mujer que escribe en un mundo de hombres supone una constante negociación de su identidad con una sociedad que la sitúa en los márgenes de la cultura y que la rodea de prohibiciones. También identifica el género como necesaria categoría analítica de lectura —bien sea de un texto o de una figura como texto— para «desnaturalizar» —incluso «trastornar»— las figuras, conceptos, argumentos y lecturas forjadas históricamente por «la mirada del hombre» a través de la cual se ha construido el sitio que ocupa la mujer en la cultura y en el discurso. Propone, finalmen-

te, la necesidad de re-leer, re-plantear y re-formular los procesos de significación que constituyen la expresión textual basándose ahora en un entendimiento de la asimetría social entre los sexos y en la manera que ésta configura las identidades de género y el discurso de la diferencia.

La búsqueda de prácticas opositivas también ha configurado, en gran medida, el objeto y el campo de análisis de las diversas críticas literarias feministas. Destilando lo que ha sido un largo y fructífero proceso de teorización y polémica dentro de este campo, y con ánimo no de simplificar sino más bien de resumir, encontramos la coexistencia de por lo menos tres aproximaciones críticas cuyos presupuestos teóricos abren interrogaciones y problemáticas diversas, pero que confluyen en el proyecto feminista de identificar una oposicionalidad en los textos escritos por mujeres. Una tendencia de la crítica literaria feminista buscó y encontró en la textualidad misma estrategias narrativas que subvertían la narrativa dominante o que disentían críticamente de ella<sup>2</sup>. Inspirada por las feministas francesas una segunda aproximación intentó establecer la diferencia inherente y esencial entre la escritura «femenina» y «masculina» apoyándose en una teorización de «lo femenino» como oposicional a «lo masculino».<sup>3</sup> Partiendo del psicoanálisis, principalmente en su versión lacaniana, se abrió otra línea de planteamientos tomando como piedra de toque para su aproximación feminista a la literatura la construcción de la identidad femenina articulada como ambivalente y contradictoria en su intersección con el lenguaje.<sup>4</sup>

Cuestionamiento, resistencia, oposicionalidad, subversión. En la crítica feminista estos vocablos se convirtieron en los tropos a través de los cuales se figuraba una teoría a la vez que una lectura de las formaciones sociales y discursivas. Aunque la aplicación de este modo de leer a veces ha sido dudosa e incluso cuestionable, el acierto principal ha sido el de dar pie a la re-interpretación de textos que en la superficie parecían ser cómplices del discurso masculino de género y el de leer en ellos toda una serie de estrategias narrativas que de hecho suponen una inversión del discurso hegemónico del hombre.

Ahora bien, si los tropos anteriormente mencionados rigieron en gran parte el proyec-

to feminista literario y marcaron su pauta, desde hace 10 años, más o menos, ha entrado en el vocabulario teórico y en la teoría feminista la noción de «problematización», específicamente la «problematización» de la identidad de un algo llamado mujer. Como veremos esta postura crítica ha abierto grandes espacios y ha posibilitado el poder establecer la diferencia dentro de la diferenciación sexual pero también, en mi opinión, ha cerrado la posibilidad de lo que ha sido un aspecto indispensable de la teoría feminista: la práctica del feminismo. Pero vayamos por partes.

Han sido dos los caminos principales que han llevado a la problematización y el cuestionamiento del concepto de «mujer» e incluso de mujer en plural. El primer asalto a lo que se ha llamado el esencialismo del feminismo (la metáfora bélica aquí es apropiada para discutir este tema ya que la secuela de la polémica acerca del «esencialismo» ha llevado a un enfrentamiento entre posiciones aparentemente irreconciliables—por lo menos en el momento en que aún nos encontramos) surgió de las filas de las teóricas negras y latinas que rechazaron la noción de que existiera una experiencia común para todas las mujeres, premisa que había fundamentado la noción de «mujer» utilizada por teóricas y críticas en los años 70 y principios de los años 80.<sup>5</sup> Pusieron en entredicho esta conceptualización y exigieron que se hablara y teorizara acerca de la pluralidad y de la diferencia dentro de la diferenciación sexual. Plantearon, certeramente, que la teorización de la identidad llamada «mujer» había excluido sus voces y sus experiencias del imaginario feminista. En un país en que la identidad racial es, quizás, la identidad que ha servido como la marca fundamental de la otredad, el abismo que se abrió entre teóricas blancas y de color fue definitivo. Si bien la desconfianza se articuló por parte de las mujeres negras y latinas en la escena de la teoría feminista, venía ya de lejos encontrándose sus raíces en las tensiones de las luchas de liberación de los años 60. El resultado ha sido una bifurcación a nivel teórico y crítico entre estos colectivos feministas; la ausencia de diálogo y puntos de contacto entre ellas es notable. Se reproduce, entonces, en el mundo del feminismo teórico la misma separación y distancia entre las razas y étnias que existe en la sociedad norteamericana. Un ejemplo del abismo casi infranquea-

ble se reveló claramente en torno al juicio de O. J. Simpson (el famoso deportista negro acusado de matar a su esposa blanca, pero al que el jurado encontró inocente del crimen) en que se mezclaron y entrecruzaron problemáticas raciales y de género de difícil resolución. Mientras que las feministas anglosajonas vieron los acontecimientos únicamente desde la perspectiva de género (un hombre había brutalizado y matado a una mujer y por lo tanto había de ser castigado), las feministas negras exigieron que se interpretaran estos mismos acontecimientos desde una óptica que tomara en consideración la dinámica racial de la sociedad norteamericana. Es decir, que había que asumir la posibilidad de que fuera el racismo de la policía de Los Angeles lo que había llevado a la detención de un inocente, O.J. Simpson. Les era imposible a las feministas africo-americanas desligar el análisis de género del análisis racial. Y, significativamente, solamente hubo un puñado de feministas anglos que fueron capaces de escuchar, y menos aún, aceptar la perspectiva analítica de las mujeres negras, que a diferencia de ellas, ocupan el espacio social de la doble marginalidad: la subordinación de género y raza. Curiosamente, y típicamente norteamericano, es el hecho de que nadie se propusiera interpretar este caso desde una perspectiva de clase.

El mundo teórico de las Chicanas, descendientes de mexicanos en EEUU, se dedica a explorar y meditar sobre el modo en que las categorías de género, raza, y clase elaboran y producen la particularidad de la cultura e identidad chicana que habita un curioso y fascinante espacio fronterizo entre la cultura norteamericana y mexicana. Aunque se plantean y problematizan la identidad de la chicana tienen muy claro que el existir como mujeres forma parte de una experiencia vivencial que también incluye su posición de clase y las complejidades de las identidades raciales que marcan al sujeto norteamericano. También, el hecho de que las críticas chicanas son, por lo general, hijas de emigrantes y que siguen afectivamente vinculadas a sus familias y a su comunidad no da pie a la total abstracción teórica en que se encuentran las teóricas anglosajonas que discutiremos en lo que sigue. Quizás se haya simplificado aquí excesivamente las razones por las cuales las mujeres negras y latinas tienden a querer mantener una noción de identidad

y experiencia de la mujer que, en última instancia, se remite a una realidad constatable a la vez que exploran esta identidad en el discurso y en lo simbólico. Se podría decir, entonces, que las mujeres de color han jugado un papel fundamental y necesario a la hora de reconceptualizar la noción de la identidad, para así convertirla en una categoría más flexible, y, por lo tanto, capaz de incluir la experiencia de aquellas personas que poseen múltiples compromisos culturales y que a menudo sufren una multiplicidad de subordinaciones.

Como bien sabemos, uno de los objetivos de la teoría posestructuralista es la de desconstruir y problematizar lo que se supone es la base del llamado humanismo liberal de occidente, el sujeto unificado. A este proyecto se unió la segunda generación de teóricas feministas anglosajonas ubicadas en las universidades de élite norteamericanas a partir de la segunda mitad de los años 80 y que se propusieron no solamente problematizar sino descentrar la identidad «mujer». Aunque se ha sugerido aquí que el ataque al supuesto esencialismo de la generación de teóricas feministas de los años 60 y 70 ha desembocado en una parálisis crítica y teórica, también ha de señalarse que sí existía una tendencia, por lo menos en la crítica literaria, de buscar en los textos de mujeres expresiones de lo que se pensaba era la esencial naturaleza femenina que incluía la fluidez, el instinto maternal, la no belicosidad y un sin fin más de atributos supuestamente femeninos.<sup>6</sup> También, como ya se ha planteado, el género sexual era tomado como la identidad principal del sujeto «mujer» al que se supeditaban todas las otras identidades de la mujer. Por lo tanto, cuando se empezó a cuestionar la noción de una naturaleza propia de la mujer fundamentada en una esencia casi metafísica, muchas de nosotras vimos una alternativa teórica a las premisas tautológicas y esencialistas que enmarcaban la crítica literaria feminista. Fue en este contexto que se asumió la crítica al esencialismo como necesaria para rechazar la idea de que la escritura de la mujer era diferente a la del hombre basada en esta imaginada naturaleza femenina. ¿Qué duda cabe, entonces, que un planteamiento como el que sigue parecía ser una apertura del callejón sin salida metafísico en que se había metido el análisis literario feminista?

Si uno «es» mujer, esto no es seguramente todo lo que uno es; el término no es exhaustivo, no porque la «persona» en su estado anterior al género trascienda la parafernalia específica de su género, sino porque el género no es siempre constituido coherentemente o consistentemente en los diferentes contextos históricos, y porque el género se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas (Butler, 1990: 8).

Esto lo escribe Judith Butler en 1990 en su libro *Gender Trouble*, quizás el libro que más haya influido en el pensamiento feminista en la presente década en círculos universitarios. Habría que hacer dos puntualizaciones en cuanto a este fragmento. En primer lugar vemos que el género sexual ya no ocupa un lugar privilegiado en la construcción del sujeto: raza, clase, étnia, sexualidad y región entran a formar parte de la identidad de la mujer. El corolario a esta postulación constata que el sujeto ha de ser teorizado como el lugar de diferencias múltiples y heterogéneas y en el cual el «yo» es un complejo terreno constituido por múltiples subjetividades e identidades que a menudo entran en competencia, bien sea en el texto literario o en los relatos que la cultura se cuenta acerca de sí misma. Sin embargo y a pesar de haber establecido esta formulación, Butler nunca llega a discutir el modo en que las otras «modalidades» elaboran y forman parte de la identidad. Pero si Butler no explora, por las razones que sean, la heterogeneidad de la identidad del sujeto «mujer», la cultura norteamericana se encarga de hacer relucir constantemente la complejidad de la identidad ante la cual nos encontramos y vivimos. El ejemplo brevemente expuesto arriba de la discordia entre las feministas anglosajonas y africo-americanas en torno al juicio de OJ Simpson paradigmáticamente ejemplifica la manera en que las múltiples subjetividades en competencia del sujeto «mujer», por una parte, y «blanca» o «negra», por otra parte, ha creado el abismo que se ha abierto entre estos dos grupos de feministas. Vemos entonces que, a modo general, la formulación de Butler nos puede ayudar a entender las paradojas, contradiccio-

nes y conflictos en que a menudo se encuentran las mujeres al hacer intersección sus múltiples identidades.

Siguiendo con nuestro análisis, en segundo lugar vemos la influencia en Butler de lo que se ha llamado el giro lingüístico de la teoría posestructuralista, es decir la idea de que las identidades y el sujeto están constituidas en el discurso, formulación que excluye la posibilidad de la construcción del género en lo no-discursivo. Sin embargo no se queda aquí el argumento de Butler. También, plantea la necesidad de reflexionar desde lo que ella misma llama el posfeminismo sobre la categoría misma de la identidad. Propone las siguientes preguntas para poder hacer una crítica radical de lo que ella llama las construcciones ontológicas de la identidad. Escribe:

¿Es la construcción de la categoría «mujeres» como un sujeto estable y coherente una regulación y reificación de las relaciones de género a pesar de que no se tenga conocimiento de que esto es lo que se está haciendo? ¿Y no es esta reificación precisamente contraria a los proyectos feministas? ¿Hasta qué punto logra coherencia y estabilidad la categoría de mujeres solamente en el contexto del molde heterosexual (Butler, 1990: 8)?

En este texto seguirá deconstruyendo radicalmente la identidad hasta tal punto que la categoría «mujeres» se convierte en un término vaciado de significado.

Lo inquietante de esta propuesta no es solamente la vehemencia del ataque de las autodenominadas posfeministas, sino que sus planteamientos parecen cerrar la posibilidad de que pueda existir una comunidad, por muy utópica que sea, desde la cual pueda surgir una nueva praxis feminista que atienda a las diferencias entre mujeres. El meollo de la polémica, entonces, está vinculado a la práctica política y a que el componente esencial, por decirlo de alguna manera, de la teoría crítica feminista es, precisamente, la política sexual. La manera en que se enmarca hoy la refutación a estas posiciones antiesencialistas es por medio de otra interrogación: ¿existe la posibilidad de que pueda existir una política feminista que prescindiera de la noción «mujeres», dada la dificultad de comprometerse con un

análisis y una política feminista si no es como mujer? Quizás sea Teresa de Lauretis, teórica italiana reubicada en Estados Unidos, la que haya planteado esta pregunta de la manera más lúcida.

Si «la mujer» —escribe— es una ficción, el lugar de la pura diferencia y resistencia al poder logocéntrico, si no existen mujeres como tales, entonces la problemática misma de la opresión de las mujeres parecería ser obsoleta y el feminismo mismo no tendría razón de existir, que es, el corolario del posestructuralismo y de la posición anunciada de aquellas que se llaman posfeministas (de Lauretis, 1989: 10).

También, Tania Modleski, en su libro irónicamente titulado *Feminismo sin mujeres*, señala la posible secuela teórica de la ola posfeminista que parece haber inundado el mundo académico norteamericano: «El deseo de negar el género, el romper con los papeles restrictivos del género, de realizar un ideal «transgenérico» en el presente, el juego posfeminista con el género en el cual las diferencias son suprimidas puede llevarnos fácilmente de vuelta a nuestro pasado anterior al análisis de género en donde sólo había un sujeto universal, el hombre» (Modleski, 1991: 163). A pesar de los inteligentes y certeros argumentos de teóricas que intentan casar una posición crítica al esencialismo con la necesidad de una práctica feminista, las posfeministas—que incluso increpan a Simone de Beauvoir de pertenecer a las filas esencialistas—parecen haber ganado la partida teórica por lo menos en la crítica literaria contemporánea. Lo cual no quita que algunas teóricas como De Lauretis y Modleski continúen planteando la necesidad de llevar a cabo una práctica que denominan «feminismo estratégico», es decir la búsqueda de puntos de convergencia entre mujeres, respetando, por supuesto las diferencias, para cambiar una formación social fundamentada, entre otras, sobre la categoría del género sexual.

A modo de conclusión, quisiera proponer que en la actualidad norteamericana la crítica literaria y la teoría feminista se encuentran o bien en una encrucijada o en un callejón de difícil salida. Quizás las palabras de la feminista peruana, Virginia Vargas, sirvan aquí

para reconceptualizar el impasse teórico en que nos encontramos: «En la lucha por un enfoque más flexible, es importante no rendirse al idealismo o el escepticismo, sino más bien reconocer que todas las vertientes y expresiones albergan una multiplicidad de sentidos, de prácticas contradictorias y conflictivas» (Vargas, 1994: 124). Por lo tanto, es preciso negociar un precario, pero indudablemente fructífero, camino entre el idealismo y el escepticismo para que la parálisis actual no lleve a la desaparición del feminismo como posibilidad teórica y de lucha.

## NOTAS

Todas las citas traducidas del inglés son mías.

<sup>1</sup> En la historiografía feminista norteamericana la «segunda ola» corresponde a las teóricas de los años 60 y 70. La «primera ola» nombra a las feministas de las primeras décadas del siglo XX.

<sup>2</sup> Este trabajo lo han llevado a cabo brillantemente las críticas norteamericanas e inglesas. Ver: Sandra M. Gilbert y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Imagination*, New Haven, Yale University Press, 1979; Cora Kaplan, *Sea Changes: Essays on Culture and Feminism*, Londres, Verso, 1986; Ellen Moers, *Literary Women*, Nueva York, Oxford University Press, 1985; Elaine Showalter, *A Literature of Their Own: British Novelists from Bronte to Lessing*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

<sup>3</sup> Las teóricas francesas que más han influenciado esta línea de pensamiento son Hélène Cixous y Luce Irigaray. Ver: Luce Irigaray, *Ce Sexe qui n'en est pas un*, París, Editions de Minuit, 1977; Hélène Cixous, «The Laugh of Medusa», *Signs 1* (Verano, 1976), pp. 875-93.

<sup>4</sup> La pionera teórica de esta perspectiva es sin lugar a dudas Julia Kristeva, *The Kristeva Reader*, Toril Moi (ed.), Nueva York, Columbia University Press, 1986. También ver: Moi, Toril. *Teoría literaria feminista*, Madrid, Cátedra, 1988.

<sup>5</sup> Ver: Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa, *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Kitchen Table, Women of Color Press, 1983; Chela Sandoval, «U.S. Third World Feminism», *Gender*, 10 (Primavera, 1991), pp. 1-24; Bell Hooks, *Talking Back: thinking feminist, thinking black*, Boston, South End Press, 1989; Valerie Smith, «Black Feminist Theory and the Representation of the 'Other'», en C. Wall (ed.), *Changing Our Own Words: Essays on Criticism, Theory, and Writing by Black Women*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1989, pp. 38-75.

<sup>6</sup> Las teóricas que más influencia tuvieron en esta línea fueron Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press, 1978 y Carol Gilligan, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.

## BIBLIOGRAFÍA

- BUTLER, Judith (1990): *Gender Trouble*, Nueva York y Londres, Routledge.
- CHODOROW, Nancy (1978): *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press.
- CIXOUS, Hélène (1976): «The Laugh of Medusa», *Signs* 1 (Verano), pp. 875-93.
- DE LAURETIS, Teresa (1989): «The Essence of the Triangle or, Taking the Risk of Essentialism Seriously: Feminist Theory in Italy, the U.S., and Britain», *differences* 1, n.º 2 (verano).
- GILBERT, Sandra M. y GUBAR, Susan (1979): *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Imagination*, New Haven, Yale University Press.
- GILLIGAN, Carol (1982): *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press.
- HOOBS, Bell (1989): *Talking Back: thinking feminist, thinking black*, Boston, South End Press.
- IRIGARAY, Luce (1977): *Ce Sexe qui n'en est pas un*, París, Editions de Minuit.
- KAPLAN, Cora (1986): *Sea Changes: Essays on Culture and Feminism*, Londres, Verso.
- MOERS, Ellen (1985): *Literary Women*, Nueva York, Oxford University Press.
- KRISTEVA, Julia (1986): *The Kristeva Reader*, Toril Moi (ed), Nueva York, Columbia University Press.
- MODELESKI, Tania (1991): *Feminism Without Women: Culture and Criticism in a "Postfeminist" Age*, Nueva York y Londres, Routledge.
- MOI, Toril (1988): *Teoría literaria feminista*, Madrid, Cátedra.
- MORAGA, Cherrie y ANZALDÚA, Gloria (1983): *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Kitchen Table, Women of Color Press.
- SANDOVAL, Chela (1991): «U.S. Third World Feminism», *Genders*, 10 (Primavera), pp. 1-24.
- SHOWALTER, Elaine (1977): *A Literature of Their Own: British Novelists from Bronte to Lessing*, Princeton, Princeton University Press.
- SMITH, Valerie (1989): «Black Feminist Theory and the Representation of the "Other"», en C. WALL (ed.), *Changing Our Own Words: Essays on Criticism, Theory, and Writing by Black Women*, New Brunswick, Rutgers University Press, pp. 38-75.
- VARGAS, Virginia (1996): «Las actuales vertientes del movimiento de mujeres» en *Detrás de la puerta: hombres y mujeres en el Perú de hoy*, Patricia Ruíz-Bravo (ed), Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 105-143.

REVISTA INTERNACIONAL DE  
**SOCIOLOGIA**  
INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES AVANZADOS  
TERCERA ÉPOCA - Nº 23 - MAYO-AGOSTO, 1999

**ESTUDIOS**

- LAS CONSECUENCIAS PSICOSOCIALES DEL CUIDADO INFORMAL A PERSONAS MAYORES  
**JULIÁN MONTORO RODRÍGUEZ**
- CONCEPTO Y ALCANCE DE LA DELINCUENCIA OFICIAL  
**HORACIO ROLDÁN BARBERO**
- PAUTAS RECIENTES EN LA FORMACIÓN DE PAREJA  
**TERESA CASTRO MARTÍN**

**NOTAS**

- MORIR EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO  
**LUIS A. CAMARERO, ROSA GÓMEZ-REDONDO Y RICARDO JIMÉNEZ-ABOITIZ**
- LA NECESIDAD HUMANA COMO DEPENDENCIA  
**JOAQUÍN SEMPERE**
- GÉNESIS DEL SISTEMA DE PARTIDOS POLÍTICOS EN MARRUECOS  
**Mª ANGUSTIAS PAREJO FERNÁNDEZ**

**TEMAS**

- LA ECONOMÍA CRIMINAL DE LOS DESHEREDADOS  
**ANGEL ALLOZA APARICIO**

**PERSONALIA**

- ¿FEMINISMO DE ESTADO O FEMINISMO DE PARTIDO?. LAS ESTRATEGIAS POLÍTICAS FEMINISTAS  
**MONICA THERLFALL**

 <p><b>Consejo Superior de Investigaciones Científicas</b> <b>SERVICIO DE PUBLICACIONES</b> Vitruvio, 8. 28006 Madrid (España) Tlf. 34-1-5855070</p>	<p><b>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN 1999</b></p> <p><b>Para España</b></p> <p>Anual (3 números) ..... 5.200 ptas. Número suelto ..... 2.000 ptas.</p> <p><b>Para el extranjero</b></p> <p>Anual (3 números) ..... 8.000 ptas. Número suelto ..... 3.200 ptas.</p>
---	--

# La invención del género académico

---

Enrique Gil Calvo

---

**H**ace más de diez años escribí un texto por encargo de M.<sup>a</sup> Angeles Durán en el que reflexionaba sobre el discriminatorio tratamiento que hacía la sociología académica de la categoría «sexo/género», reduciéndola a mera variable *dependiente* de control clasificatorio. Semejante caricatura estaba ya superada por los hechos en el momento de escribirla, por lo que ni siquiera intenté corregirla después a la hora de su tardía publicación posterior, dejando intacto el sesgado texto inicial (Gil Calvo, 1996). No obstante, como la hipótesis parecía sugestiva, Inés Alberdi me sugirió revisarla para su puesta al día, analizando el modo en que hoy se plantea cuando cunden por doquier los programas académicos dedicados a los «Estudios de Género».

Es lo que se intentará hacer a lo largo de las páginas que siguen. Y para ello nada mejor que partir de un replanteamiento de aquella vieja hipótesis inicial. Si entonces pude sostener que la ciencia social académica falseaba la cuestión del género *por defecto* (ya que la ignoraba o devaluaba, al reducirla a mera variable de control), hoy cabría entender que la sigue falsificando, pero ya no por defecto sino ahora *por exceso*, al hacer de ella un objeto de estudio por derecho propio, pero a costa de entenderlo como algo cerrado, definido, segregado, aislado y exento. Es lo que aquí se llama, un poco provocativamente, *la invención* interesada de un nuevo *género académico*, precisamente centrado en los llamados «estudios de género».

Utilizo el término «invención» con plena conciencia de su contradictoria polisemia. Por una parte, «invención» significa innovación, creación original, descubrimiento científico, hallazgo técnico. Es decir, *invento*, entendida la palabra en su sentido más positivo y elogioso. Pero por otra parte, «invención» también significa falsificación, artificio, impostura, falacia retórica y engaño fraudulento: o sea, *ficción*, dicho sea en su sentido más crítico, censurable y peyorativo. Ahora bien, de un tiempo a esta parte, las ciencias sociales han recurrido cada vez con mayor frecuencia a hacer un uso heurístico de la palabra «invención», con el explícito objetivo de explotar su ambigüedad semántica. Por eso se habla, por ejemplo, de *la*